

PRÓLOGO

I. Este libro se asienta sobre la premisa de que la educación debe ser considerada una política de Estado. En ese marco, la educación en general, y en particular la educación universitaria y el rol de las universidades públicas, constituyen ejes conceptuales básicos en la reformulación del contrato social de los argentinos.

Un contrato social implica un proyecto de país, y sólo podremos delinearlo entre todos los sectores y entre todos los argentinos para superar las deficiencias actuales y poder cumplir los sueños de futuro. Propongo como imperativo asumir sin dilaciones el desafío de poner en análisis y en debate aquellas cuestiones, en el marco de cómo vamos a organizarnos los argentinos en este siglo XXI. Porque sé que, a decir verdad, un libro cumple su cometido no cuando resuelve un problema sino cuando lo fomenta y lo crea, cuando induce a la duda reflexiva.

Sólo cabe esperar que el debate se plantee en el marco de una confrontación de ideas y de concepciones, según lo entendía Tolstoi, y no en el marco de una mera lucha de pasiones y de intereses, según lo percibía Dostoievsky.

II. En el difícil momento actual, en el que todas las instituciones precisan ser sometidas a análisis crítico para revisar su articulación recíproca en el afianzamiento de los valores de la condición humana, la universidad pública es todavía un bastión de prestigio social. Y suministra un modelo para el país aspirado porque, con palabras del filósofo y educador chino Tehyi Hsieh, "las escuelas de un país son su futuro en miniatura"; en el mismo sentido decía Lon Watters que "la escuela es un edificio que tiene cuatro paredes con el futuro dentro". Es que -ahora con expresión de Sarmiento- en sustancia "las escuelas son la base de la civilización".

La sociedad argentina -y en particular su juventud- se siente a la deriva, sin modelos, sin referentes, sin norte. La mayoría de las instituciones y de quienes las encarnan (basta ejemplificar con los políticos y los jueces) están fuertemente desprestigiados. Los índices de corrupción colocan a Argentina en los niveles más altos de turbiedad institucional.

En ese escenario desolador, la universidad pública es uno de los muy pocos componentes del organismo social que merece respeto de la comunidad. Dispone de capacidad técnica y ofrece neutralidad académica, por lo cual es el ámbito adecuado para incitar el debate convocando a todos los sectores, a todos los ciudadanos, a participar y a expresarse.

III. Invoco como título para opinar el de pertenecer a la universidad pública. Me formé en la escuela pública. Egresé como bachiller del entonces prestigiosísimo Colegio Nacional Mariano Moreno, y tenía 16 años cuando ingresé por primera vez en el edificio de la Facultad de Derecho de la UBA para inscribirme en ella. En esa Facultad estudié, me recibí de abogado y me doctoré. En 1958 comencé mi actividad docente como ayudante alumno. Hice todo el

cursus honorum docente, fui designado profesor emérito, ejercí el Decanato en el período 2002-2006, y fui reelegido para el período 2006-2010 con el voto favorable de los tres claustros.

Aunque no me especialicé en educación conozco en toda la sutileza de su trama la vida de la universidad pública. La viví en su esplendor de los años '60. La viví en su renacer de los años corridos desde la restauración democrática en 1983. Soy uno de los millones de beneficiarios de la escuela pública -y de la universidad pública- como factor de igualación y de elevación social.

IV. Encaro así este ensayo, asumiendo los riesgos consiguientes, porque sé que -como decía Mark Twain- "es mejor tener la boca cerrada y parecer estúpido que abrirla y disipar la duda"; y que -con palabras de Aldous Huxley- "el hombre silencioso no presta testimonio contra sí mismo".

Aspiro a instar a un debate que parta de la base de asumir la realidad, por más cruda que sea. Dos ilustres argentinos contemporáneos consideraron imprescindible ese punto de partida: en abril de 2002 Ernesto Sábato dijo en el Círculo de Bellas Artes de Madrid que nuestro "compromiso nos dará un sentido que nos colocará por encima de la fatalidad de la Historia, pero antes, habremos de aceptar que hemos fracasado"; en 1963 Julio Cortázar escribió en el capítulo 71 de *Rayuela* que "nada está perdido si se tiene por fin el valor de proclamar que todo está perdido y que hay que empezar de nuevo".

Seguramente todo cambio para mejor sólo será posible si los argentinos vemos la realidad tal cual es y volvemos a empezar, como lo hicimos en la segunda mitad del siglo XIX. Entonces nuestro país era un desierto deshabitado y semisalvaje, pobre y a trasmano de las rutas marítimas, que había padecido la anarquía y los desencuentros sangrientos, pero pudo generar los estadistas que contribuyeron a su grandeza.

Argentina recuperará su esplendor perdido si todos acordamos nuevas reglas de convivencia mediante un contrato social renovado que enaltezca los derechos humanos, los valores democráticos, la solidaridad, la justicia y la equidad; y si la sociedad se reconcilia con la política, para lo cual es preciso que la operen políticos que tengan dimensión de estadistas.

Atilio A. Alterini